

Autoevaluar para transformar: Reflexiones a partir de una encuesta a estudiantes de Enfermería de la Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Salud de la Universidad Nacional de Santiago del Estero, año 2025

Introducción

La autoevaluación en las instituciones educativas contemporáneas exige un cambio de perspectiva que trascienda su concepción tradicional como un mecanismo técnico de recolección de datos. En el contexto universitario, se configura como una herramienta estratégica orientada a la reflexión crítica, la toma de decisiones y la mejora continua de los procesos académicos e institucionales. Desde esta perspectiva, su valor no se limita a la producción de información, sino que incluye su interpretación y su posible traducción en acciones concretas.

En las últimas décadas, la evaluación ha dejado de centrarse exclusivamente en la medición del rendimiento estudiantil para incorporar dimensiones institucionales más amplias, como la gestión, la organización curricular, la calidad de la enseñanza y las condiciones de aprendizaje. En este contexto, la autoevaluación permite a las instituciones posicionarse simultáneamente como sujeto y objeto de análisis, generando conocimiento situado sobre sus propias prácticas (Fraile Aranda, 2009). En este marco, el presente artículo tiene como objetivo analizar la autoevaluación a partir de una encuesta realizada a estudiantes de la carrera de Enfermería, recuperando sus percepciones sobre distintos aspectos de su formación. A partir de ello, se busca articular aportes teóricos con evidencia empírica, con la intención de contribuir a la construcción de una cultura evaluativa más participativa y orientada a la mejora institucional.

Marco teórico

La autoevaluación, entendida como práctica institucional y pedagógica, supone una dinámica sistemática, reflexiva y participativa orientada a valorar el propio desempeño y generar transformaciones significativas. Desde esta mirada, no se reduce a la recopilación de datos, sino que implica construir sentido sobre la práctica educativa y proyectar posibles mejoras (Camilloni et al., 1998).

Tradicionalmente, la evaluación educativa se ha centrado en la medición de aprendizajes, dejando en segundo plano el análisis de los procesos institucionales. Sin embargo, diversos autores han señalado la necesidad de ampliar esta mirada. Fraile Aranda (2009) plantea que la autoevaluación debe concebirse como un proceso continuo de recogida y análisis de información que permita comprender la complejidad de la práctica educativa, y no únicamente como una instancia final de control.

En este contexto, pueden distinguirse distintas modalidades de evaluación. La autoevaluación refiere a la valoración que realizan los propios sujetos sobre su desempeño; la coevaluación incorpora la participación de pares, mientras que la evaluación democrática introduce una dimensión ética y política vinculada a la distribución del poder en el ámbito educativo (Fraile Aranda, 2009).

Además, esta práctica posee un fuerte componente pedagógico, en

tanto promueve espacios de aprendizaje colectivo. Como señala Martín González (2021), los procesos evaluativos que favorecen la participación activa generan mayor compromiso y permiten desarrollar tanto aprendizajes cognitivos como sociales.

En síntesis, la autoevaluación puede entenderse como una práctica compleja que articula dimensiones técnicas, pedagógicas y políticas, constituyéndose en una herramienta relevante para la mejora de la calidad educativa.

Metodología

El presente estudio se inscribe en un enfoque descriptivo con integración de datos cuantitativos y cualitativos. La información analizada proviene de una encuesta aplicada a estudiantes de la carrera de Enfermería de la Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Salud de la Universidad Nacional de Santiago del Estero durante el año 2025.

La muestra estuvo conformada por 135 estudiantes, con predominio del género femenino (85,9%) y una edad promedio de 27 años. La encuesta incluyó variables sociodemográficas, académicas y de satisfacción, evaluadas mediante escalas tipo Likert (0 a 5), así como preguntas

abiertas orientadas a identificar fortalezas y aspectos a mejorar.

Los datos cuantitativos fueron procesados mediante estadísticas descriptivas, mientras que las respuestas cualitativas fueron categorizadas según su frecuencia de aparición, lo que permitió identificar tendencias relevantes en las percepciones estudiantiles.

Resultados

Los resultados evidencian una valoración general intermedia de la carrera, con diferencias entre las distintas dimensiones analizadas, lo que indica que algunos aspectos son mejor evaluados que otros.

En relación con los aspectos académicos, las experiencias preprofesionales constituyen el elemento mejor valorado (promedio: 3,81), destacándose como una fortaleza central en la formación. A su vez, los estudiantes reconocen el desarrollo de habilidades para el ejercicio profesional y el compromiso docente.

Por el contrario, se identifican debilidades en la actualización bibliográfica (promedio cercano a 3,3), en la relación entre teoría-práctica y en los criterios de evaluación, lo que evidencia tensiones en la articulación entre los contenidos teóricos y su aplicación.

En cuanto a la infraestructura, las aulas y los insumos para prácticas presentan valoraciones más bajas (alrededor de 2,7–2,9), lo que sugiere limitaciones en las condiciones materiales de enseñanza.

Desde el análisis cualitativo, los principales aspectos a mejorar se vinculan con la organización académica, la carga de contenidos, los métodos de enseñanza y la relación docente-estudiante. En contraste, las fortalezas se concentran en el rol de los docentes, las prácticas profesionales y el trabajo en equipo.

Discusión

Los resultados obtenidos permiten reflexionar sobre la autoevaluación como herramienta de análisis institucional. En primer lugar, la valoración positiva de las prácticas preprofesionales refuerza la importancia de los espacios de formación situada, en línea con enfoques pedagógicos que priorizan la articulación entre teoría y práctica.

Sin embargo, las dificultades señaladas en relación con la organización académica, la actualización de contenidos y los criterios de evaluación ponen en evidencia la necesidad de revisar ciertos aspectos estructurales del proceso educativo. Estas tensiones no resultan aisladas, sino que coinciden con lo planteado por Fraile Aranda (2009), quien advierte que la evaluación suele centrarse en aspectos parciales sin abordar la complejidad de las prácticas institucionales.

A su vez, la percepción de los estudiantes sobre la relación docente-estudiante y la sobrecarga de contenidos permite visibilizar dimensiones que, aunque no siempre se traducen fácilmente en indicadores cuantitativos, tienen un impacto significativo en la experiencia formativa. Esto sugiere que no todo lo relevante en los procesos educativos puede ser captado únicamente a través de mediciones estandarizadas.

En este sentido, incorporar la voz de los estudiantes no solo amplía la comprensión de la realidad institucional, sino que también habilita la posibilidad de repensar prácticas que muchas veces se naturalizan. Desde esta perspectiva, la autoevaluación adquiere un valor particular, en tanto abre espacios para la reflexión colectiva y la construcción de sentidos compartidos.

Finalmente, estos hallazgos permiten advertir que la autoevaluación difícilmente tenga impacto si se la reduce a un requisito formal. Por el contrario, como señalan Camilloni et al. (1998), su potencial radica en ser asumida como una práctica sostenida, capaz de interpelar las dinámicas institucionales y orientar procesos de mejora.

Conclusiones

La autoevaluación se consolida como una herramienta relevante para el análisis y la mejora de los procesos educativos en el ámbito universitario. Su potencial radica en la posibilidad de integrar dimensiones académicas, organizativas y pedagógicas, así como en la incorporación de la perspectiva de los distintos actores institucionales.

El análisis de la encuesta realizada a estudiantes de Enfermería permitió identificar fortalezas significativas, particularmente en relación con las prácticas preprofesionales, así como áreas de mejora vinculadas a la organización académica, la actualización de contenidos y las condiciones de enseñanza. Estos resultados no solo aportan información diagnóstica, sino que también invitan a problematizar aspectos que inciden directamente en la experiencia formativa.

En este sentido, la autoevaluación puede pensarse no sólo como un instrumento técnico, sino como una práctica formativa que contribuye a la construcción de una cultura institucional basada en la reflexión crítica, la participación y la mejora continua. Su valor, en última instancia, dependerá del modo en que sea apropiada por la comunidad académica y de su capacidad para generar transformaciones concretas.

Bibliografía

- Camilloni, A., Celman, S., Litwin, E. y Palou de Maté, M. (1998). *La evaluación de los aprendizajes en el debate didáctico contemporáneo*. Paidós.
- Fraile Aranda, A. (2009). *La evaluación formativa y compartida en educación superior*. Narcea.
- Martín González, M. (2021). Procesos de autoevaluación y aprendizaje institucional. En M. R. Misuraca y S. G. Vázquez (Comps.). *La evaluación en las instituciones educativas: Debates, experiencias y desafíos en contextos de pandemia*. Edunlu.
- Portal Pineda, L., Pérez Lemus, G. y Keeling Álvarez, M. (2017). *Evaluación institucional y planificación universitaria*. s/d.